

De pronto la asaltó una idea terrible: ¿por qué Oullier se tomaba por Michel un interés tan súbito? ¿por qué éste seguía á Oullier con preferencia á su padre? y llena de mortal zozobra preguntó á Poca-Alegría:

—¿Decís que á entrambos les visteis camino de Clisson? —Con mis propios ojos.—¿Sabéis qué ha pasado allí?—Clisson está muy lejos para que tengamos pormenores; pero un mozo de Saint-Lumine nos ha dicho que desde las diez de la mañana se oía un vivo tiroteo por la parte de la Sévre.

Nada respondió la doncella, cuyas ideas eran ya muy diferentes, pues sospechaba que Michel había sido conducido á la muerte por el odio que Oullier le profesaba, pareciéndola ver al pobre mozo herido y abandonado en algún erial que con moribunda voz la pedía socorro.

—¿Sabéis quién puede conducirme á donde está Juan Oullier? preguntó á Poca-Alegría.—¿Hoy?—Al momento.—Los caminos están cuajados de rojos.—Nos quedan las verdades.—La noche se acerca.—Mejor: así estaremos más seguros; procuradme un guía, ó voy sola.—Yo lo seré, que estoy muy agradecido á vuestra familia, señorita; sin contar que hoy mismo, cuando un nacional iba á ensartarme con su bayoneta, me habéis prestado un servicio que no he olvidado.—Pues bien, aguardadme entre aquellas mieses, y dentro de un cuarto de hora estoy con vosotros.

Tendiéronse Alain y Polilla entre las espigas, y alejándose Berta á buen paso alcanzó á Petit-Pierre y á los vendeanos cuando iban á entrar en el molino: subió á su aposento, púsose un vestido de aldeana, y sin comunicar su proyecto á Mary, á quien al bajar encontró cuidando á los heridos, díjola que tal vez no regresaría hasta el día siguiente, volviendo en seguida á tomar el andado camino.

A pesar de la reserva de Berta con Mary, ésta adivinó por el semblante de su hermana la ansiedad que la oprimía, y como no ignoraba la desaparición de Michel, adivinó los motivos de la súbita partida de Berta, sin atreverse á preguntárselos después de lo que la víspera había pasado. Herido su corazón por otra aguda espada, cuando la llamaron para marchar con Petit-Pierre en busca de otro asilo, prosternóse y rogó al Señor que no fuera inútil su sacrificio, y se dignara velar por la vida y la honra del novio de su hermana.

XX

LO QUE DEL CASTILLO DE LA PÉNISSIERE QUEDABA

En tanto que los vendeanos combatían en el Chene con gloria aunque sin resultado, cuarenta y dos de los suyos sostenían en el patio de la Péniissiere una lucha para siempre memorable. Este puñado de realistas pertenecía á la división de Clisson, y habiendo partido de este punto con intento de desarmar la milicia nacional de la aldea de Cujan, asaltóles por el camino una horrorosa tempestad, que les obligó á guarecerse en el castillo de la Péniissiere, acudiendo un batallón del 29 de línea á atacar la partida.

Es la Péniissiere un antiguo edificio compuesto de bajos, un piso y el granero, con quince aberturas irregulares y un oratorio contiguo: los vendeanos aspilleraron una pared que cercaba la casa, desde la cual hasta el próximo valle se extendía una pradera cruzada de setos vivos, convertida en lago por abundantes lluvias.

Reconocida la posición, el jefe de la tropa ordenó el ataque, y abandonando el muro exterior después de una corta resistencia, replegarónse los vendeanos en la habitación atrancando las puertas y distribuyéndose entre los bajos y el primer piso con un corneta arriba y otro abajo, que no cesaron de hacer oír sus ecos durante el combate: entonces comenzaron á hacer desde las ventanas un fuego tan nutrido como certero, circunstancia que encubría su escasez numérica al enemigo. Sosteníanlo los mejores tiradores, y sus camaradas iban cargando con diez ó doce balas sus pesadas espingardas, disparando cinco ó seis á la vez, que causaban el estrago de una batería de cañones cargados con metralla.

Dos veces llegaron los soldados á veinte pasos del castillo y otras tantas fueron rechazados. Mandó el jefe atacar

nuevamente, y, en tanto que se preparaba á ejecutar este movimiento, adelantáronse cuatro hombres con un albañil hacia una pared sin defensa, pues no tenía ninguna abertura que diese al jardín: arrimáronle una escala, y subiendo al tejado arrojaron al granero materias inflamadas, de modo que á poco se levantó del tejado una densa humareda á la cual siguieron luego las llamas.

Los soldados prorrumpieron en gritos de alborozo y atacaron de nuevo la casa, que parecía haber arbolado un estandarte de fuego. Aunque los sitiados advirtieron el incendio, no tenían tiempo para apagarlo, y como el fuego tiende siempre á elevarse, confiaban que se extinguiría cuando hubiese consumido el tejado, y respondieron al vocerío de los soldados con un terrible fuego en tanto que las dos cornetas no cesaban de animar la pelea con alegres y bélicos sonidos.

Los blancos oían que sus enemigos decían: No con hombres sinó con demonios estamos luchando; y este elogio aumentaba sus bríos.

Sin embargo, habiéndoles llegado á los sitiadores un refuerzo de cincuenta hombres, el jefe ordenó el asalto, y los soldados se arrojaron con ímpetu á la casa: esta vez llegaron hasta las puertas, y los gastadores comenzaron á derribarlas. Los jefes de los vendeanos mandaron que subiesen al primer piso los de abajo, y mientras la mitad de los sitiados continuaba haciendo fuego, los otros arrancaban los ladrillos del pavimento: por manera que al penetrar los soldados en la casa fueron recibidos por una descarga á quema ropa, viéndose obligados á retroceder por cuarta vez.

El jefe dispuso que se hiciese con el piso bajo lo que se había hecho con el granero: arrojáronse haces de leña y teas encendidas dentro, y á los diez minutos los vendeanos tenían fuego sobre sus cabezas y bajo sus plantas. Sin embargo, continuaban batiéndose: á cada segundo los fognazos cruzaban el humo que por las ventanas salía, si bien aquello antes era la venganza de la desesperación que la lucha de la defensa. Bajo sus piés crujían las vigas y empezaban ya á brotar del suelo las llamas, amenazando desplomarse de un momento á otro sobre sus cabezas el tejado, no pudiendo resistir el humo que les ahogaba: su muerte parecía inevitable.

Los jefes tomaron un partido desesperado, y resolvieron

una salida; mas como para verificarla con alguna probabilidad de éxito era preciso protegerla con un fuego que ocupase á los soldados, preguntaron quiénes querían sacrificarse por sus camaradas, y ocho se ofrecieron á ello. Dividióse pues la partida en dos pelotones: treinta y tres hombres y un corneta debían dirigirse á un extremo del huerto, cerrado solamente por un valladar, y los otros ocho, entre quienes se quedaba el segundo corneta, debían proteger la tentativa. Por consiguiente, mientras los últimos hacían un fuego bastante vivo corriendo de ventana en ventana, los otros se abrían paso por la pared opuesta á la que los soldados atacaban, y salían en buen orden con el corneta á la cabeza, corriendo al valladar. Vióles la tropa, disparó sobre ellos tratando de cercarles; pero los vendeanos la recibieron á tiros derribando cuanto les cerraba el paso, dejando cinco muertos junto al cercado y dispersándose por el campo. El corneta había recibido tres balazos y no había cesado de tocar un momento.

Los ocho que se habían quedado en la casa seguían resistiéndose, y cada vez que los soldados intentaban acercarse, salía de aquel gran brasero una descarga que aclaraba sus filas. Así se defendieron por espacio de media hora mezclándose el toque de la trompeta con el estruendo de las detonaciones, el sordo rumor de las llamas y el chisporroteo del incendio, como un reto sublimé que aquellos hombres enviaban á la muerte.

Oyóse por último un espantoso crujido: elevóse por los aires una nube de chispas y pavesas, calló la trompeta, y cesó el tiroteo. El piso se había hundido, y la escasa guarición quedaba sin duda sepultada bajo sus escombros, pues á menos de obrarse un milagro, los sitiados debían haber perecido en aquel ardiente horno.

Así lo creyeron los soldados, quienes después de contemplar un breve rato aquellas candentes ruinas sin oír ningún grito ni gemido que indicara la presencia de un vendeano vivo, alejáronse de aquella hoguera que devoraba á la vez amigos y enemigos; de forma que luego no quedó en el teatro de tan animado y ruidoso combate sinó el abrasado y humeante cortijo, que iba apagándose silencioso, y en torno algunos cadáveres iluminados por los últimos resplandores del incendio.

De ese modo quedaron las cosas hasta la una de la no-

che, á cuya hora llegó á las cercanías del cortijo un hombre de alta estatura deslizándose á lo largo de los vallados y arrastrándose á través de los senderos. No viendo nada que le afirmase en sus recelos, dió la vuelta á la casa, examinó todos los cadáveres que encontró, y en seguida desapareció en la oscuridad. A poco volvió con otro hombre á cuestas y acompañado de una mujer vestida de aldeana. El lector habrá ya conocido á Berta, Poca-Alegría y Polilla. La doncella estaba pálida; su firmeza y resolución se habían trocado en una especie de desvarío, y á veces se adelantaba á sus guías á pesar de las exhortaciones de Alain.

Cuando llegaron los tres á la pradera que habían ocupado los soldados y divisaron las quince aberturas que destacándose rojizas de la ennegrecida fachada semejaban respiraderos del infierno, la joven sintió que las fuerzas la abandonaban, y cayendo de rodillas quiso pronunciar un nombre que el dolor trocó en sollozo. Levantóse como una leona, echando á correr á las abrasadas ruínas, y tropezó en un cadáver: llena entonces de mortal congoja, alzó por los cabellos la cabeza del muerto, miróle el lívido rostro, y viendo más cadáveres, dió á correr desalada de uno á otro.

—¡Ay señorita! dijo Poca-Alegría siguiéndola, no está aquí el que buscáis: Polilla ha examinado ya los cadáveres, y aunque sólo haya visto una ó dos veces al señor de la Logerie, mi pobre compañero con ser idiota le habría conocido si hubiese estado entre los muertos.—Sí, sí, tenéis razón, dijo Berta señalando la Pénissiere, y si en alguna parte está...

Y antes de que los dos hombres pensaran siquiera en detenerla, saltó á una ventana del piso bajo; y de pié en aquella vacilante piedra dominaba el abismo de fuego que aun mugía sordamente á sus piés y al cual quería al parecer arrojarle.

A una señal de Alain el mendigo tomó en brazos á la doncella y la dejó en el suelo, sin que ella hiciese la menor resistencia, pues acababa de cruzar por su mente una idea que parecía haber paralizado su voluntad.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó cual si exhalara el postrer suspiro de sus expirantes fuerzas; no me has permitido estar á su lado para defenderle ó morir con él, y ahora me niegas hasta el consuelo de sepultar su cadáver.—Vamos, señorita, dijo el bodegonero, conformémonos con la voluntad

de Dios.—¡Oh! nunca! nunca! exclamó Berta con el frenesí de la desesperación.—¡Ah! replicó el lisiado, yo también tengo un gran pesar, pues si el señor de la Logerie está aquí, también está el pobre Juan Oullier.

Gimió Berta al recordar que en el egoísmo de su dolor no había pensado en el buen vendeano.

—Verdad es, prosiguió Alain, que ha muerto con las armas en la mano, como deseaba; pero eso no me consuela.—¿No queda ninguna esperanza? preguntó Berta. ¿No pueden haberse salvado de uno ú otro modo? ¡Oh! busquemos, busquemos.

Poca-Alegría movió la cabeza diciendo:

—Difícil me parece después de lo que nos ha contado uno de los treinta y tres que han salido: cinco de ellos han sido muertos.—Es que Oullier y Michel estaban entre los ocho que se quedaron, dijo Berta.—Por eso tengo tan poca esperanza. Mirad, añadió Alain mostrando las paredes y el piso bajo donde ardían los techos del primero y del desván con los escombros del tejado; mirad, sólo quedan restos del tejado y paredes que amenazan ruína. Valor, señorita, porque hay cien probabilidades contra una de que vuestro novio y el infeliz Oullier yacen sepultados bajo estos escombros.—Nó, nó, exclamó Berta levantándose; nó, no puede, no debe haber muerto. Si ha sido menester un milagro para salvarle, Dios lo ha hecho. Quiero escudriñar estas ruínas, sondear estas paredes; quiero verle muerto ó vivo, lo quiero ¿oís, Poca-Alegría?

Y asiendo con sus nevadas manos una viga que asomaba por una ventana su extremo carbonizado, hizo Berta sobrehumanos esfuerzos para sacarla, cual si con aquella viga hubiese podido levantar la grandísima masa de materiales y ver lo que ocultaban.

—No digáis tal, señorita, ¡por Dios! exclamó Alain impaciente; esa empresa es superior á vuestras fuerzas, á las mías, á las de Polilla mismo, y tampoco nos la dejarían llevar á cabo, pues en siendo de día vendrán los soldados, y no conviene que nos encuentren aquí. ¡Vámonos, señorita, vámonos en nombre del cielo!—Idos si queréis, respondió la doncella con un acento que no admitía réplica; yo me quedo.—¡Os quedáis! exclamó Poca-Alegría asombrado.—Me quedo: si los soldados vuelven, sin duda será para visitar las ruínas; arrojaréme á los piés de su jefe, y con mis

lágrimas y ruegos lograré que sus hombres me ayuden; y le hallaré ¡oh! le hallaré.—Desechad esa idea, señorita: los soldados verán que sois hija del marqués de Souday, y si no os fusilan os prenderán. Venid pues, que luego amanecerá; venid, y si es preciso, añadió Alain asustado por la exaltación de la joven, os prometo que mañana por la noche volveré á acompañaros á este lugar.—Nó, lo repito, no me iré, respondió Berta; él me llama, me necesita: me lo da el corazón.

Viendo luego que á una señal de Poca-Alegría Polilla iba á sujetarla, subió de nuevo á la ventana añadiendo:

—Si dáis un paso más me arrojo al fuego.

Conociendo el figonero que nada obtendría de Berta por la fuerza, iba á recurrir á los ruegos, cuando á una indicación de Polilla se cosió los labios, pues sabía por experiencia la prodigiosa agudeza de los sentidos del pobre idiota.

—¿Vuelven los soldados? preguntó Poca-Alegría.—No es eso, dijo Polilla.

Y desatando á Alain, á quien como de costumbre llevaba en hombros, echóse de bruces y pegó el oído al suelo.

Berta sin bajar de la ventana volvióse al mendigo: sin saber porqué, al movimiento y palabras de Polilla se quedó anhelando de ansiedad.

—¿Oyes alguna cosa extraordinaria? preguntó Poca-Alegría.—Sí, respondió Polilla.

Hizo en seguida seña á Poca-Alegría y á Berta de que escucharan como él: tendióse Alain con el oído al suelo, y saltando la joven de la ventana imitó la acción del bodegnero; mas apenas aplicó el oído, cuando exclamó levantándose con presteza:

—¡Viven! ¡viven! ¡Oh gracias, Dios mío!—No confiemos tan pronto, dijo Alain; efectivamente, oigo un ruido sordo que al parecer sale del centro de las ruínas; mas como eran ocho, no podemos decir que ese ruido lo hagan precisamente los dos que buscamos.—Me lo dice el corazón, el corazón que no me ha permitido alejarme de aquí como queráis. Ellos son, no lo dudéis: se habrán refugiado en algún sótano, y la caída de estos escombros les impide la salida.—Es posible, murmuró Poca-Alegría.—¡Oh! es cierto, dijo la joven.—Y cómo les auxiliaremos? cómo llegaremos al sitio donde se hallan?—Si están en un subterráneo, ese subterráneo tendrá una abertura; y si en un sótano, ese sótano tendrá un

tragaluz. Busquemosles, y si es preciso cavaremos la tierra hasta encontrarlos.

Y Berta echó á correr en torno de la casa apartando furiosa y frenética las vigas, piedras y tejas que, habiendo caído fuera á lo largo de la pared, ocultaban su base. De pronto dió un grito, y Polilla y Alain acudieron presurosos, andando éste como una rana con la ayuda de sus muñones y manos.

—Escucha, dijo Berta con aire de triunfo.

En efecto, desde el punto donde se había parado se oía distintamente un rumor que salía de las profundidades de la casa, rumor sordo, continuo y parecido al de una herramienta que golpeará á compás los cimientos de la granja.

—Ahí, dijo Berta señalando unos escombros arrimados á la pared; hay que buscar ahí.

Puso Polilla manos á la obra apartando un trozo de tejado y los morrillos allí amontonados por la caída de toda la parte superior de una ventana del primer piso; y después de prodigiosos esfuerzos descubrió una abertura por donde llegaba hasta ellos el ruido del trabajo de los infelices sepultados. Al verla Berta quiso penetrar por ella; pero Polilla la detuvo, y cogiendo una lata desprendida del techo la encendió en las ruínas, sujetó luego por la cintura á Poca-Alegría con la correa que solía servir para afirmarle en sus hombros, y lo descolgó por la tronera. Polilla y Berta contenían la respiración, y oyeron que Alain hablaba con los trabajadores. A una señal del lisiado, el mendigo le subió con la prontitud de una máquina bien untada.

—¡Vivos, vivos! ¿no es cierto? preguntó Berta angustiada.

—Sí, señorita, respondió Poca-Alegría; mas ¡por favor! no entréis en el subterráneo, que no están en el sótano á donde he bajado, sino en una especie de nicho contiguo, cuya abertura se halla obstruida, y para llegar á ellos es absolutamente preciso atravesar la pared: mucho me temo que al hacerlo se venga abajo una parte de la bóveda que amenaza desplomarse. Dejádme dirigir á Polilla.

Arrodillóse Berta y púsose á orar.

Poca-Alegría se proveyó de astillas y dijo á su compañero que le bajase al sótano y le siguiera.

A los diez minutos, que á Berta parecieron siglos, oyó esta un gran ruido de piedras que se derrumbaban: escapósele del pecho un grito de angustia, y abalanzándose al

respiradero vió á Polilla que subía llevando á cuestas un cuerpo inerte, cuya pálida cabeza colgaba sobre el pecho del mendigo.

La joven conoció á Michel y exclamó acongojada:

—¡Muerto, gran Dios, muerto!—No, nó, gritó del fondo de la cueva una voz que Berta conoció ser la de Juan Oullier; no ha muerto, nó.

A esas palabras corrió la doncella á Polilla, tomó en brazos á Michel, dejóle en el suelo, y tranquilizada por haber sentido latirle el corazón, esforzóse para hacerle volver en sí refrescándole la frente con el agua de un charco inmediato.

XXI

EL ERIAL DE BOUAIMÉ

En tanto que Berta trataba de hacer recobrar el sentido á Michel, cuyo desmayo nacía en gran parte de la asfixia, salía Oullier de la cueva empujado por Poca-Alegría, á quien Polilla sacaba del mismo modo que le había bajado.

Ya reunidos todos, preguntó Alain á Oullier:

—¿Estabais solos allá dentro?—Sí.—¿Y los otros?—Habíanse refugiado en la bóveda de la escalera, y el desplome del techo les sorprendió sin darles tiempo para llegar hasta nosotros.—¿Han muerto?—No lo creo; poco después de marcharse los soldados hemos oído rumor de piedras y voces; hemos gritado, y no nos habrán oído.—¡Gran suerte que hayamos venido!—Y mucha: á no ser vosotros no habríamos logrado horadar la pared, sobre todo en el estado en que se hallaba el barón. ¡Oh! ¡brillante campaña, á fé mía! añadió Oullier mirando á Berta, quien con la cabeza de Michel en su regazo le había hecho volver en sí y le expresaba el gozo que al verle sentía.—Y todavía no ha termi-

nado, dijo Alain sin comprender el sentido de las palabras del vendeano con los ojos fijos al levante, donde una ancha faja purpúrea anunciaba la próxima salida del sol.—¿Qué quieréis decir? preguntó Oullier.—Quiero decir que no nos hubieran venido mal dos horas más de noche, pues con un herido, un inválido y una mujer no es fácil andar sin tropiezos; eso sin contar que los vencedores de ayer explorarán hoy los caminos.—Sí; pero desde que no tengo sobre la cabeza aquella bóveda de fuego, respiro con más libertad y desahogo.—Aun no estás salvado del todo, Juan amigo.—Pues bien: seamos precavidos.

Y Oullier sacó de las cartucheras de los muertos las municiones que contenían, cargó el fusil con tanta serenidad como lo hacía antes de salir á caza, y acercándose á Michel que estaba con los ojos cerrados, preguntóle:

—¿Podéis andar?

Michel no respondió: al abrir los ojos había visto á Berta y los cerró comprendiendo cuán difícil iba á ser su posición.

—¿Podéis andar? repitió Berta á Michel de modo que éste no pudiera dudar de que á él iba dirigida la pregunta.—Creo que sí, contestó el barón.

En efecto, sólo tenía en el brazo una herida sin fractura de hueso. Berta la había examinado, y con la corbata blanca de seda que llevaba le puso el brazo en cabestrillo.

—Si no podéis andar, dijo Oullier, os llevaré.

A esa nueva prueba del cambio efectuado en los sentimientos del viejo vendeano con respecto al barón, acercósele Berta diciendo:

—¿Me explicaréis porqué os llevasteis á mi novio (y recalco estas dos palabras), haciéndole abandonar su puesto y exponerle á pesar de los peligros que ha corrido á graves é ignominiosas acusaciones?—Si la reputación del señor de la Logerie ha sido lastimada por culpa mía, dijo Oullier con blandura, yo la pondré en su verdadero punto.—¡Vos! exclamó la doncella más y más admirada.—Sí, y diré el tesón y valentía que ese mozo ha desplegado á pesar de sus femeniles apariencias.—¿Eso diréis, Oullier?—Y si no basta mi testimonio, apelaré al de uno de los que á su lado han combatido, pues ahora tengo empeño en que su nombre sea respetable y honrado.—¡Y eres tú quien habla de esa manera! (Oullier se inclinó.) ¡Tú que preferías mi muerte á verme llevar ese nombre!—Ahí veréis lo que son las co-

sas, señorita: ahora deseo con toda el alma que el señor Michel sea yerno de mi amo.

Pronunció Oullier esas palabras mirando á Berta con tanta expresión y con tan triste y tierno acento, que la joven sintió oprimírsele el corazón, y á pesar suyo pensó en Mary; é iba á interrogarle cuando en alas de la brisa llegó á sus oídos el sonido de una corneta procedente de la parte de Clisson.

—Razón tenía Poca-Alegría, dijo el vendeano. La explicación que me pedís, Berta, os la daré luego que me lo permitan las circunstancias. Ahora urge ponernos en salvo. ¡Ea! en marcha, prosiguió después de escuchar otro momento; el tiempo es precioso.

Y viendo que Poca-Alegría estaba ya montado en hombros de Polilla, dió el brazo á Michel y echó á andar.

—¿A dónde vamos? preguntó Alain.—A la granja solitaria de San Hilario, pues el señor barón no podría hacer las ocho leguas que distamos de Machecul, según la dificultad con que camina á pesar del apoyo que le presto.

—Vamos pues á la granja de San Hilario, dijo Alain avivando el paso de Polilla.

Hallábanse ya los fugitivos á un tiro de fusil de aquella granja, cuando el mendigo enseñó con aire triunfante á su compañero una especie de maza que de camino había escacondado con su navaja: era un tronco de manzano silvestre que Polilla había visto en el huerto de la Pénissiere y con el cual creyó reemplazar la terrible hoz que en el encuentro del Chene se le había hecho pedazos.

Exhaló Alain un grito de rabia, manifiesto indicio de que no compartía la satisfacción con que su compañero empuñaba el nudoso tronco.

—¡Mal rayo te parta, bestia! exclamó.—¿Qué sucede? preguntó Oullier dejando á Michel junto á Berta y apretando el paso para alcanzar á Polilla.—Sucede, dijo Poca-Alegría, que este majadero habrá hecho que los azules den con nuestras huellas. ¡Lléveme el diablo por no haberlo advertido antes! Desde la Pénissiere acá ha llenado el camino de ramas, hojas y despojos, y si los soldados llegan á ver que ha salido alguien de los escombros van á seguirnos fácilmente la pista. ¡Bestia! ¡mil veces bestia! añadió Poca-Alegría por vía de peroración.

Y uniendo la acción á la palabra dió un sendo puñetazo

sobre la cabeza de Polilla, quien hizo tanto caso como si le hubiesen pasado la mano por los cabellos para acariciarle.

—¡Diantrel exclamó Oullier, ¿qué haremos?—No ir á la granja de san Hilario, donde nos cogieran como en una ratonera.—Es que Michel no puede ir más lejos, dijo Berta; mirad cuán pálido está.—Tomemos á la derecha, dijo Oullier, vayamos al erial de Bouaimé y nos esconderemos entre las peñas: para ir más aprisa llevaré al señor Michel á cuestras. Andemos uno tras otro, y los piés de Polilla borrarán las huellas de los demás.

El erial de Bouaimé está situado á cosa de una legua de la aldehuela de San Hilario, y para llegar á él era preciso atravesar el Maine: es de mucha extensión, tocando por el norte en Remouillé y Montbert, muy escabroso y lleno de peñas de granito, removidas algunas al parecer por fuerzas humanas; y en medio de los matorrales ó de las flores amarillas de las retamas y aliagas, alzábanse piedras druidicas coronadas de musgo.

Oullier condujo á sus compañeros á uno de los más notables de esos monumentos, compuesto de cuatro grandes trozos de granito con una piedra llana encima, á cuya sombra holgadamente podían cobijarse diez ó doce personas. Llegados á este sitio Michel se desmayó, y hubiera caído de espaldas á no sostenerle Berta: arrancó esta algunos puñados de yerba y extendióla bajo el monumento, y prescindiendo de la gravedad de la situación, apenas se tendió el mozo sobre aquel lecho, quedó profundamente dormido. Puesto Polilla de atalaya sobre la roca, cual rústica estatua sobre tosco pedestal, recordaba con sus colosales formas los gigantes que dos mil años atrás levantaron aquel altar; y mientras Poca-Alegría descansaba al lado de Michel, á quien Berta quería velar á pesar de lo rendida que estaba, Juan Oullier se alejó, así para explorar el terreno como para traer algunas provisiones, de que estaban los fugitivos muy necesitados.

Dos horas habría que Polilla estaba oteando, y á pesar de la atención con que escuchaba sólo oía el monótono zumbido de las avispas y abejas que chupaban las flores de los serpoles y aliagas, comenzando los vapores que el sol levantaba de la húmeda tierra á tomar matizadas tintas, lo cual unido con el ardor de los rayos que á plomo caían sobre los gran-

des mechones de pelo bermejo, único gorro del mendigo, entorpeciale la cabeza, de manera que estaba para dejarla caer de sueño, cuando el estampido de un arma de fuego le sacó súbitamente de su sopor. Miró Polilla hacia San Hilario, y distinguió la blanca nubecilla que produce un fogonazo y un hombre que á todo correr venía huyendo. Saltó del pedestal en tanto que Berta despertaba á Poca-Alegria, y levantóle á una altura de diez piés pronunciando estas dos palabras que no necesitaban comentarios:

—¡Juan Oullier!

Alain vió que éste en vez de acercarse á ellos había tomado á la derecha y seguía la cumbre de la colina opuesta á la del monumento druídico, dirigiéndose hacia Montbert, observando también que en vez de hurtar el cuerpo el viejo vendeano escogía los puntos más empinados para que pudieran verle los que exploraban aquellos lugares. Juan Oullier era muy experto para obrar de ligero, pues había calculado que de aquel modo sólo él llamaría la atención del enemigo, apartándole de la pista que probablemente seguía; y habiendo el tabernero barruntado lo mismo, creyó que lo mejor era no moverse de aquel sitio y estar en expectativa.

Como entonces era menester más inteligencia que sentidos, Alain no fió ya en Polilla, y haciéndose subir á la piedra, tendióse boca abajo con la cara vuelta á la colina que Oullier seguía. A poco rato vió aparecer en el punto por donde este último se había presentado uno, dos, tres, hasta veinte soldados, que se escalonaron en el erial para cortar la retirada al fugitivo si éste intentase retroceder: táctica equívoca que excitó más y más la atención de Poca-Alegria, pues indújole á suponer que aquellos no eran los únicos soldados que perseguían al vendeano.

La colina, cuya cuesta superior seguían, terminaba en una punta peñascosa que dominaba el pantano, á cosa de medio cuarto de legua del paraje donde Oullier se encontraba; y pensando Alain que el vendeano iba á pararse allí, concentró en ella toda la atención.

—¡Malo! exclamó de pronto Polilla.—¿Qué hay? preguntó Poca-Alegria.—Azul, respondió el mendigo señalando con el dedo un punto del pantano.

—Siguió Alain la dirección indicada por el dedo de Polilla,

y vió el reflejo de un fusil entre los juncos, luego la forma de un soldado, seguido de otros veinte, los cuales se ocultaron entre los juncos como cazadores en acecho. La caza era Juan Oullier, quien al bajar la cuesta debía de caer en la emboscada que le tendían.

Como no había que perder un momento para avisarle, Poca-Alegria descargó el fusil poniendo la boca del cañón al ras de la maleza, cuidando de ocultarse detrás de las peñas. Oullier oyó la señal, conoció el estampido del fusil de Alain, y comprendiendo al punto las razones que obligaban á su amigo á descubrir su refugio, bajó volando más que corriendo la colina, sin duda con ánimo de ejecutar sin dilación algún designio.

A pesar de que Alain había querido ocultar el humo á los soldados, estos conocieron de dónde partió el tiro, y así los de los matorrales como los del pantano se habían reunido y deliberaban ó esperaban órdenes. Miró el tabernero en torno, alzó un dedo mojado en saliva, y viendo que el viento soplabá de la parte donde estaban los soldados, palpó la yerba para cerciorarse de si el sol y el viento la habían secado.

—¿Qué hacéis? preguntó Berta que atenta á las diversas fases de aquel prólogo comprendía la inminencia del peligro y ayudaba á Michel á levantarse: este se hallaba al parecer más triste que enfermo.—Voy á hacer una candelada, señorita, respondió el lisiado, y podréis darla por bien empleada si esta noche os encontráis en seguridad. Pocas veces habréis visto otro igual.

Y dió á Polilla varios pedazos de yesca encendida que éste fué metiendo en otros tantos montones de yerba seca, y cuando á su poderoso soplo se hubieron inflamado, los colocó á trechos hasta una distancia de treinta varas.

Llegó en esto Juan Oullier gritando:

—¡Arriba! arriba! no llevo diez minutos de ventaja.—Esto nos da veinte, respondió Poca-Alegria mostrándole las aliagas que chisporroteaban en tanto que se elevaban aquí y allá densas columnas de humo.—Este fuego no tomará bastante incremento, y tal vez no sea asaz vivo para atajarles, dijo Oullier.

Y observando en seguida el estado de la atmósfera, añadió:

—Además, el viento impelerá las llamas en la dirección

que vamos á seguir.—Sí, pero con las llamas impelerá el humo, Oullier, dijo el bodegonero con aire triunfante, y en eso confío: el humo les ocultará cuántos somos y á donde vamos.—¡Oh Alain, Alain! murmuró Juan, si tuvieses piernas, gran cazador serías.

Y sin decir más, cargóse á Michel á cuestras no obstante su resistencia, pues el barón aseguraba que tenía bastantes fuerzas para andar, y no quería aumentar la fatiga del vendeano. En seguida siguió á Polilla, que ya caminaba con su guía en hombros.

—Da la mano á la señorita, dijo Poca-Alegría á Oullier; cierre los ojos y contenga el aliento, pues dentro de diez minutos ya no veremos, y sólo respiraremos lo preciso para no ahogarnos.

Y en efecto, apenas traspasaron diez minutos, cuando las diez columnas de humo se reunieron en una gran sábana de fuego de trescientas varas de ancho, que tras ellos comenzaba á rugir sordamente,

—¿Ves bastante para guiarnos? preguntó Juan á Alain. Ante todo importa que no nos extraviemos, y en seguida que no nos separemos.—No tenemos otro guía que el humo, el cual nos conducirá á donde queramos ir; sin embargo, no perdáis de vista á Polilla.

Y como Juan Oullier era hombre que conocía el valor del tiempo y de la palabra, concretóse á decir:

—¡Adelante, pues!

Anduvieron un cuarto de hora sin que salieran de las nubes de humo que en torno de ellos amontonaba el incendio, propagándose con prodigiosa rapidez á impulsos del viento. De vez en cuando Oullier preguntaba á Berta medio sofocada por el humo:

—¿Respiráis?

Y ella respondía con un sí apenas articulado.

En cuanto al barón, no se curaba de él, pues llevábale á cuestras.

De repente Polilla, que delante de todos y guiado por Alain no miraba á donde iba, retrocedió un paso: había metido el pié en un charco muy hondo que el humo le había ocultado, hundiéndose hasta el muslo.

Poca-Alegría exhaló una exclamación de júbilo.

—Hémos aquí, dijo; el humo nos ha guiado mejor que lo hubiera hecho el perro de caza mejor enseñado.—¡Ah! dijo

Oullier.—Comprendes ¿no es cierto, chico? preguntó Alain ufano.—Sí; mas ¿cómo llegaremos al islote?—¿Cómo? ¿y Trigaud?—Ya, pero no hallándonos los soldados, ¿no es probable que descubran el ardid?—Sin duda, si no nos hallan; mas nos hallarán.—Acaba.—No saben cuántos somos: ponemos en seguridad á la señorita y al herido: después, como si hubiésemos equivocado el camino y el estanque nos lo cortara, salimos tú, Polilla y yo, y probamos con algunos tiros que somos los mismos á quienes há poco han visto; en seguida, sin estorbo ni impedimento llegamos á los bosques de Ginestou, de donde nos será fácil volver á buscarles.—¿Y víveres?... ¡Pobres niños!—Nadie se muere por estar veinté y cuatro horas sin comer, dijo el bodegonero.— Bueno.

Y con tristeza llena de desprecio á su debilitada inteligencia, Oullier añadió:

—Menester es que la noche de ayer me trastornara la cabeza para que no haya pensado en todo eso.—No os expongáis inútilmente, dijo Berta casi gozosa de la entrevista que á solas tendría con su amado, merced á las circunstancias.—Quedad tranquila, respondió el vendeano.

Polilla tomó en brazos á Michel sin dejar en el suelo al lisiado, lo cual le hubiera hecho perder tiempo, y entrando en el agua anduvo hasta que le llegó á la cintura; en seguida, como el agua subía, levantó al mancebo sobre su cabeza para dejarle en manos de Alain si el agua continuaba subiendo; mas esta se detuvo al pecho del gigante, quien atravesó el estanque y llegó á un islote de unos doce piés cuadrados, que en las aguas muertas parecía un gran nido de ánades, y estaba cubierto de un espeso juncal.

Dejó á Michel entre los juncos, y volvióse á buscar á Berta para trasportarla de igual modo junto al baroncito.

—Agacháos en medio del islote, gritó Oullier desde la otra orilla; enderezad los juncos que al pasar dobléis, y os prometo que nadie irá á buscaros ahí.—Bien, respondió Berta; ahora pensad en vosotros, amigos.